

han hallado curvas que llenan un área (como la famosa de Peano de 1890). El gran matemático holandés Brouwer ha sido genial en el hallazgo de extraños ejemplos, como el famoso del mapa de los tres estados que tienen una infinidad de puntos de frontera común para los tres.

¿Dónde queda así la intuición? A la vista de los curiosos resultados a que llega la ciencia actual, ¿puede afirmarse que la intuición sensible inmediata sirve para darnos un último fundamento en que basar nuestras deducciones? Indudablemente, no.

¿Qué enseñanzas se desprenden de la ciencia reciente? Ante todo una: que el uso de la intuición ha de ser siempre comedido y que se necesitan métodos poderosos de verificación y de prueba.

Pero no hay que culpar sólo a la intuición de ciertos desaguisados. Al profundizar en la filosofía de las

matemáticas nos encontraremos no solamente con el pensamiento matemático—un pensamiento entre otros muchos—, sino con el Pensamiento. Tal vez esa inseguridad que descubrimos en el mundo matemático no se deba sólo a la intuición. Tal vez sea propio de todo pensamiento humano estar propenso a errores y extravíos. Por ello es tan conveniente estar prevenidos en el enfrentamiento de la mente con la realidad. Todas las precauciones serán siempre pocas.

En todo caso—dejando de lado la potencia y la capacidad del humano pensamiento—la situación genuina de la ciencia moderna nos invita a meditar. Las anteriores reflexiones han señalado algunas consecuencias del uso de la intuición. El profesor y el maestro han de estar enterados de su importancia. Conociendo los alcances y peligros de la intuición, podrán orientar sus métodos didácticos.

La formación religiosa en la Universidad

JOSE TODOLI DUQUE

En una ponencia presentada al Congreso Iberoamericano de Educación de 1952, planteábamos el problema de la formación religiosa en la Universidad. Nuestra exposición originó entonces una amplia discusión, y repetidas veces se nos ha pedido el original para publicarlo. Quiere decir que el tema preocupa. No es de extrañar. La fe sencilla y profunda del pueblo español no tiene, ni puede tener, las características de la fe intelectual que *velis nolis* tiene sus exigencias en el orden dogmático y no le seducen las manifestaciones excesivamente espontáneas en el orden práctico. Lejos de nosotros reprobar ninguno de estos dos campos, ni siquiera de dar preferencia a uno sobre el otro. Por desgracia, en la práctica fácilmente los sencillos llaman laicismo a la

religiosidad más personal y menos espontánea de los intelectuales, y éstos califican de fanatismo la sencilla y pura fe de los menos cultivados. En fin, he aquí un problema complejo en cuyo estudio no queremos incluir hoy solamente al estudiante, sino al intelectual en general, cuyos problemas religiosos tienen sus características similares.

El esquema sencillo de nuestro trabajo será éste: estudiar primero los problemas religiosos del intelectual en general, y luego sus causas. Problemas particulares del estudiante universitario. Problemas de orden teórico y de orden práctico en que se incurre al querer abordar una solución. Apuntes para una posible solución.

El presente trabajo del padre JOSÉ TODOLÍ, O. P., profesor de Ética de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, trae a nuestras páginas la cuestión, ya planteada en estas mismas columnas, de la enseñanza de la Religión en la Universidad. Luego de estudiar la crisis religiosa que sufre la adolescencia, el autor aborda las características de la religiosidad en el intelectual (la razón y el sentimiento en el orden religioso); ve el peligro capital en una "supervaloración" racional del universitario, y recomienda contra sus peligros "una profunda comprensión de los misterios divinos, una íntima comunicación con Dios y, en sus manifestaciones extrínsecas, una acendrada vida litúrgica". Y como solución al problema de la enseñanza: Formación e información religiosas en una Facultad de Teología y en los Colegios Mayores. Véanse sobre el tema los siguientes estudios publicados en la REVIS-

TA DE EDUCACIÓN: José Luis L. Aranguren, "Algunas reflexiones sobre la enseñanza de la Religión" (número 3, julio-agosto 1952, págs. 253-6); José M.^a Ciriarda, "La enseñanza de la Religión" (núm. 8, marzo 1953, págs. 218-22); José M.^a de Llanos, "La enseñanza de la Religión en la Universidad" (núm. 19, marzo 1954, págs. 100-2) y "Polémica en torno a la enseñanza de la Religión en Zurich" (núm. 19, marzo 1954, "Actualidad educativa", pág. 143). Desde un aspecto diferente del tema, puede consultarse: Raimundo Paniker, "Teología y Universidad" (número 16, diciembre 1953, págs. 79-82). Véanse también Juan B. Manyá, "En torno a un fracaso reconocido", y V. E. Hernández-Vista, "La enseñanza de la religión en la Universidad" (R. DE E., núm. 21, mayo de 1954).

LA CRISIS DE LA RELIGIOSIDAD
EN LA UNIVERSIDAD

Bien conocida es de todos la crisis que en la adolescencia sufre la vida religiosa. En realidad, es la crisis de todo el individuo con la aparición de la intimidad, es decir, con el comienzo de la conciencia y de la *personalidad*. La personalidad en su esencia es conciencia e *independencia*, es *aseidad*, valga la palabra, no de orden ontológico, sino de orden moral.

Nada de extraño tiene que este despertar de la libertad se lleve a extremos viciosos en este orden, como ocurre con cualquiera de las facultades del hombre, ya sean físicas, ya intelectuales. Más aún, es lo normal si en ese momento, cuya anchura sería muy difícil precisar—los psicólogos no lo han precisado todavía—, un fenómeno externo de convivencia social, de autoridad doctrinal, un hecho moral, viene a influir en ese momento.

La religión es, en su esencia, conciencia y reconocimiento de una dependencia, es sumisión y entrega, adoración. Un sentimiento totalmente opuesto a ese que surge con la adolescencia, que suele ser, por eso mismo, esencialmente insumisa.

A este problema se añade otro de carácter intelectual. No sólo surge el sentido de independencia en la adolescencia: surge también la conciencia que implica el discurso, la razón, la justificación de los actos y de las creencias. Ningún problema más íntimo y difícil en este sentido que la justificación de las creencias religiosas. La evidencia de las verdades metafísicas que fundamentan la vida religiosa, existencia de Dios, inmortalidad, vida futura, no se nos da inmediatamente, sino tras largos y a veces difíciles discursos. Si se trata de las verdades de carácter sobrenatural, la evidencia es puramente extrínseca y los motivos de credibilidad de verdadero valor exigen también conocimientos profundos, mientras que los otros motivos, los que sólo tienen un valor relativo, cada día van haciendo ver más su inconsistencia. De ahí que si en ese momento del despertar de la personalidad e independencia, del surgir de la razón, no se apoya la fe en conocimientos cada vez más profundos de la filosofía y de los motivos de credibilidad, esa fe acabará por desaparecer, o permanecerá como una costumbre, no como un hábito sobrenatural; apoyada en última instancia en las exigencias del ambiente, en aquella ley que el vulgo formula con el aforismo "donde estuvieres, haz lo que vieres"; pero que en la vida íntima y auténticamente religiosa tiene el mínimo valor. Es lo que pudiéramos llamar "la religión como costumbre", que en realidad es la carcoma de toda religión, porque carece de verdadero sentido religioso.

Este aspecto del problema afecta a todo hombre. La diversidad de vidas y de profesiones hace que en cada una se presenten problemas particulares. En ninguno son tan hondos y tan frecuentes como en aquellos que se dedican a la ciencia, tomada ésta en su más amplio sentido.

En primer término, la vida del estudiante hasta llegar a la Universidad transcurre, en general, en un ambiente de religiosidad. Dios es el centro de la vida, y "la concepción del mundo" tiene como fundamento y término a Dios.

La vida universitaria cambia esta visión. El estudiante comienza a ver el mundo desde su especialidad. Por una parte, su visión del mundo se amplía considerablemente. Comienza a tener sus lecturas propias, su ideología. Comienza a pensar más en el mundo. Por otra parte, esa visión suya es mucho más pequeña en la realidad. Comienza a padecer eso que se ha venido en llamar "deformación profesional". Efectivamente, comienza a predominar en él la preocupación de sus estudios. Su mundo comienza a ser el de la Medicina, el Derecho, la Arquitectura o la Filosofía. El centro de su vida inconsciente viene a tener una especie de giro copernicano, cuyo centro ya no es el centro ontológico Dios, sino el suyo propio, el de su propia existencia y *preocupación*.

Añádase a esto el espíritu científico con que dentro de la Universidad desarrolla sus estudios especiales, que luego hace extensivos a todos sus conocimientos, sin excluir, claro está, sus conocimientos religiosos.

Todo esto no sería un mal si los conocimientos teológicos de carácter natural y sobrenatural corrieran al mismo paso. De no ser así, hay que temer mucho que la simple preocupación se convierta en posición vital y se caiga en un materialismo o en un criticismo lamentables.

Esta es la característica fundamental de la cultura moderna. Ese proceso, tan real como sencillo y tan dañoso a la vez, lo ha seguido toda la cultura moderna, que no ha compensado su laudable espíritu de crítica y ajuste de las ideas y de los hechos, con una fuerte preocupación por los valores trascendentes. Los motivos de esta despreocupación, fuente primaria del ateísmo que nos invade, no es posible examinarlos en estas breves anotaciones: la crisis de la metafísica, el resurgimiento de la industria, la crisis religiosa originada por el protestantismo, los problemas sociales, etc., son otros tantos factores de esta crisis religiosa general.

CARACTERÍSTICAS DE LA RELIGIOSIDAD
DEL INTELECTUAL

La religiosidad del intelectual ha de tener un tinte *universitario*, dice Dondeyne, "tant en ce qui concerne l'étude théorique de la foi que la foi vécue; car la religion est en premier lieu une attitude de vie. Par "universitaire" voici ce que nous entendons: l'éducation religieuse de l'intellectuel doit aller vers les profondeurs, l'essence intime, la racine de la foi". La religiosidad del intelectual se diferencia de la fe del simple creyente precisamente por esa mayor penetración y su menor dosis de sentimentalismo y espontaneidad. Las manifestaciones religiosas no le conmueven como tales. Su religiosidad es más racional y más íntima. El simple fiel no se preocupa mucho de los fundamentos y el valor de sus dogmas. Los admite sencillamente y manifiesta a veces estrepitosamente esa fe que satisface su corazón y llena sus esperanzas.

¿Quiere esto decir que la formación religiosa del intelectual haya de ser crítica y apologética en todos sus momentos? No. En el intelectual se unen esencialmente dos cosas: su hábito de razonar y demostrar sus conocimientos, y su actitud vital. Por la pri-

mera parte, se manifiestan en él sus aspiraciones de profundidad y crítica. Por la segunda, puede ser tan sentimental como cualquier otro. Y notemos que la religión es esto en definitiva: actitud moral, de reconocimiento y amor. Mis experiencias de muchos años de vida universitaria como estudiante, como profesor y como capellán, me han demostrado cómo el universitario distingue inconscientemente esos dos aspectos de su típica interioridad. En la clase, en la conferencia de carácter didáctico, protesta contra la falta de consistencia científica del profesor o del conferenciante. En su vida religiosa, prefiere la consideración piadosa, íntima, que llega al corazón. "El mundo religioso no consiste en el conocimiento, sino más bien en el sentimiento o en la emoción" (1).

El problema de la formación religiosa del universitario no ha de tener, pues, un aspecto puramente formativo de lo intelectual. Esto será siempre un aspecto importante, pero no el fundamental.

Esto pudiera probarse todavía por otra experiencia no menos clara. De todas las especialidades, las que dan mayor contingente de ateísmo son la Medicina y la Filosofía pura. El ateísmo de los médicos se da por esa deformación profesional del que todos los días ve al hombre en su ser fisiológico y biológico y acaba negando todo lo demás. Es ateísmo por extraversion. El filósofo, por el contrario, se encuentra con el problema de la crítica del racionalismo. Más aún: las realidades fundamentales que iluminan todo el campo de lo religioso no se lo presentan a él como hechos, sino siempre como problemas, aunque sea desde aquella actitud que desde Descartes para acá ha venido llamándose "duda metódica". Esas realidades son muy deficientemente conocidas por la filosofía como tal, y se ha logrado *a paucis, post longum tempus et cum admixtione multorum errorum*. En el mejor de los casos, ese ser supremo y misterioso—Dios—, clave de todo el orden religioso, viene a ser el término de una demostración; se diluye en pruebas de su existencia y de algunos atributos que, además, hay que purificarlos y elevarlos para fijarlos en Dios. Se rasga el velo del misterio religioso; pero no para ver la realidad, sino para ver una imagen infinitamente lejana de la divinidad.

Pero el objeto de la religión no es ese Dios que nos da la metafísica: es Dios en su ser mismo; es Dios en su santidad, cúmulo de todas las perfecciones; lo que ve la metafísica y un mundo infinitamente más amplio constituido por la misma vida divina.

Fácilmente el estudiante de Filosofía es cegado por el escepticismo que la historia de la Filosofía proyecta en su espíritu, o por esa desilusión producida por la desproporción entre lo que era para él término de su adoración y de su culto, y lo que le da la razón teórica al final de sus investigaciones filosóficas.

El problema aquí no es ni única, ni principalmente de inteligencia; es problema de vitalización de la fe, de actuación constante de la vida y del sentimiento religioso.

Tenemos, por consiguiente, dos elementos fundamentales en la formación del intelectual: la razón y el sentimiento en el orden religioso.

Pero aun esto no sería decir suficiente. La forma-

ción religiosa de carácter racional reviste características totalmente diversas de unas a otras especialidades, como acabamos de ver hablando del filósofo y del médico. Yo diría que, dentro de este campo de lo "racional", la apologética debe predominar en la formación del científico y el dogma en la formación del filósofo.

Efectivamente, el científico corre siempre el peligro de perderse en el objeto, en la materia; es una extraversion producida por su misma vida profesional. El científico tiene el peligro de olvidarse de sí mismo, de su intimidad, de su espíritu pensante, de la inquietud trascendente de su inteligencia hacia la verdad pura, de su voluntad hacia el bien total, de sus mismos instintos hacia un descanso que las cosas no dan. Cerrado en el mundo de las cosas, no ve los límites de las mismas, de su existencia contingente y finita, y pierde de vista las perspectivas de su origen, de su finalidad, de su falta de razón de ser en sí mismas. El conocimiento del espíritu y *de las cosas desde* el espíritu es el mejor medio de salvar al científico de una crisis religiosa.

En cambio, el filósofo, ordinariamente, no pierde el sentido de los valores del espíritu, pero fácilmente se queda en ellos: en la ciencia, en el arte, etc., por los motivos que hace un momento indicábamos. Una profundización en una sana filosofía sería un buen elemento, pero no suficiente ni el más eficaz, ya que la razón, en última instancia, no nos da el término puro de la religión, como decíamos. Urge, pues, dar al filósofo el dogma, las verdades en la fe, con lógica, con profundidad, haciendo ver todo el intrínseco valor de su estructura, pero sin disquisiciones de carácter histórico, que no afectan a la esencia misma del dogma y que aducirían fácilmente al peligro de un escepticismo semejante al filosófico, asimilando la doctrina de la fe a una ciencia humana. Lo que interesa aquí, dice también Dondeyne, es "el contenido religioso del dogma".

Pero el orden afectivo tiene quizá una importancia mayor. La religión es una virtud de la voluntad. El orden moral tendrá siempre un quehacer inmediato en la vida religiosa del intelectual.

Hay, en primer lugar, una cosa que salvar en el hombre que se adentra en la vida intelectual: es la supervaloración de la razón, que fácilmente pasa a ser su ídolo al unirse a aquel espíritu de independencia característico de la adolescencia. Ese es el germen más activo del ateísmo. La filosofía moderna, esencialmente antirracionalista en su aspecto externo, tiene en su fondo un profundo sentido racionalista, ya que la desesperación y angustia por la captación de la verdad y la rectitud de la actividad libre nacen sólo de una consideración de la razón como único valor para iluminar la vida del hombre.

Aparte de este problema educativo fundamental, correspondiente al momento crítico de la adolescencia, existe el problema de la enseñanza misma de la moral. Con frecuencia se explica la moral más como un conjunto de preceptos limitador de la actividad humana que como una luz que ilumina la libertad del hombre en marcha hacia su plenitud; más como una coacción que como una creación. Esta forma de enseñanza (a veces se hace por los diez mandamientos) choca frecuentemente a la vez con el espíritu de crí-

(1) Card. NEWMAN: *Naturaleza y fin de la educación universitaria*. Trad. por J. Mediavilla. Madrid, 1946, pág. 74.

tica y de independencia del hombre actual. Una exposición de la moral como aspiración a la plenitud del hombre en todas sus facultades hasta la posesión de su objeto pleno: Dios como Verdad, Bondad, Santidad, etc., ha tenido una aceptación muchísimo mayor en mis alumnos y ha engendrado en ellos verdadero entusiasmo por la disciplina.

Pero ni la moral ni el dogma son aún la religión como tal. El dogma es verdad escueta. La moral es actitud y tiene su aspecto religioso, pero de orden natural. Su religión es una religión humana y dentro de lo humano.

Cuando entra la religión no científica, sino vital, es cuando el hombre ofrece a Dios su adoración y su culto concreto. La vida litúrgica es la expresión de la religión vital, y la vida es la que se proyecta en el culto, de la misma manera que el culto influye y penetra en la vida.

Lo que sostiene al cristianismo contra los asaltos de la crítica y contra los excesos de su independencia es la vida del culto, la religiosidad en acto.

Ahora bien: esta religiosidad en acto, esta manifestación del espíritu hacia el Ser Trascendente, hemos visto que es muy diferente en el hombre sencillo y en el intelectual. En el hombre sencillo es esencialmente espontánea, más exterior, menos profunda. De ahí que en la primera predomine lo social, las manifestaciones populares, e *incluya* una gran dosis de *Weltanschauung*, de ambiente de costumbrismo, mientras la segunda se caracteriza esencialmente por lo personal. La religiosidad del intelectual, por ir a lo esencial, es refractaria a todo costumbrismo y a lo popular.

Lo esencial de la religión se nos da en el Evangelio como verdad y en la vida de Cristo como modelo. Los misterios de Cristo y sus relaciones con la divinidad y, por tanto, de nosotros como miembros de Cristo, se nos da en su realidad viviente a la vida litúrgica. De ahí que a nuestro modo de ver la vida religiosa del intelectual debía orientarse hacia una profunda comprensión de los misterios divinos, hacia una íntima comunicación con Dios y, en sus manifestaciones extrínsecas, hacia una acendrada vida litúrgica.

DE CARA A LA SOLUCIÓN

He ah, a nuestro modo de ver, los problemas que presenta la religiosidad del intelectual, algunas de sus causas, sus características y exigencias. El problema sería ahora ver qué métodos se han de seguir para llegar a esta formación, dadas estas características.

Este problema es extraordinariamente difícil, no sólo en su aspecto pedagógico, por los motivos indicados, sino desde el punto de vista de su encuadramiento dentro de los cuadros universitarios. Efectivamente, por una parte, se hace absolutamente necesario mantener en medio de los estudios científicos y técnicos, que son *para el hombre*, aquella ciencia que afecta directamente al hombre como tal: a su ser y a su destino. Por otra parte, un conocimiento profundo de esta ciencia lleva consigo un tiempo que la dificultad de las carreras universitarias no permite con facilidad. Unas clases supletorias diseminadas por las

diversas Facultades no son solución verdadera, y la experiencia ha comprobado sobradamente que no es ésta la solución del problema. Abandonar esta formación al Bachillerato no tiene sentido, ya que, aparte de ser insuficiente esa formación, no tiene el mismo sentido, ni debe tenerlo, la enseñanza religiosa del Bachillerato y de la Universidad. En el Bachillerato ese método ha de ser esencialmente dogmático. No nos parece en modo alguno razonable la enseñanza de la Religión, aun en el Bachillerato, de un modo crítico y apologético; no conduce más que a la duda y a la crisis. Todo lo contrario de lo que ocurre en la Universidad.

Entonces, ¿qué camino se vislumbra como solución?

FORMACIÓN E INFORMACIÓN RELIGIOSA EN LA UNIVERSIDAD

La primera cuestión que se plantea aquí es saber si, efectivamente, la Universidad como tal debe plantearse el problema de la formación religiosa de sus adscritos. No se trata propiamente de saber si la Universidad ha de tener o no ha de tener una Facultad dedicada a las ciencias típicamente religiosas: Teología y Sagrada Escritura. Esto, visto en su aspecto objetivo, no parece encerrar dificultad alguna. Las ciencias humanas, incluida la Filosofía, son hoy insuficientes para explicar la realidad de la vida y del mundo. Un mundo se abre a la conciencia del hombre: el mundo de lo trascendente y de lo sobrenatural, que no es posible orillar en ninguna parte, y mucho menos donde se viva de las esencias cristianas, como ocurre en toda la cultura occidental. La Facultad de Ciencias Teológicas es, a mi entender, una necesidad objetiva de una Universidad que quiera abarcar las ciencias en su totalidad.

Pero el problema aquí es otro. Es saber si la Universidad como tal ha de preocuparse de la formación religiosa de sus individuos.

La respuesta práctica a esta cuestión está dada en España desde el momento en que a todos los estudiantes de todas las Facultades se exige una preparación controlada por un examen y una calificación.

Pero esta práctica parece estar perfectamente justificada por la razón. La Universidad no debe limitarse en modo alguno a formar abogados, médicos, arquitectos o filósofos. La Universidad intenta formar "hombres", y uno de los mayores males en que pudiera incurrir la Universidad sería confundir la formación del hombre con su formación jurídica, filosófica o literaria. "¡Ay del siglo—escribe Lacordaire—, que ha confundido la enseñanza con la educación, creyendo que el bien brota de la ciencia y de la literatura, cualesquiera que sean!"

Entonces el problema se centra en saber cuál ha de ser la organización y el método para llegar a ese fin.

Hablando del problema pedagógico, que afecta a todas las ciencias, se intenta en los momentos actuales que todos los dedicados a estudios universitarios tengan también unos conocimientos pedagógicos suficientes para el desempeño de la docencia de cualquier disciplina universitaria. Los conocimientos reli-

giosos no afectan a tal o cual disciplina, a tal o cual facultad humana; afectan al hombre en cuanto tal. Una formación del hombre, del ciudadano, máxime del intelectual, que prescindiera de este elemento, será siempre insuficiente.

Que la formación religiosa se haga dentro de la misma Universidad, aparte el inconveniente ya señalado del tiempo y de su encuadramiento en el campo de las enseñanzas de las más diversas Facultades—inconvenientes que se han dejado sentir también en las otras disciplinas generales, como la política y la gimnasia—, encierra otro que para muchos es de extraordinaria gravedad. La Universidad es, por definición, *universitas*, anchura para todos, sin distinción de naciones, de razas, de lenguas o de religiones. Establecer como obligatoria la enseñanza de una determinada religión, en nuestro caso la cristiana y católica, parece, a la vez, disminuir esa amplitud de vida intelectual en que se mueve la Universidad y violentar, más o menos, las conciencias de aquellos que, no participando de las mismas creencias, se ven obligados a hacer estudios profundos de una ciencia que de alguna manera les es opuesta.

Este argumento tiene su valor, y es inútil querer disimularlo. Pero tiene un valor limitado y no absoluto, como quiere dársele tantas veces.

En primer lugar, se ha de tener en cuenta lo que acabamos de decir: la Universidad no tiene como única misión la *información* de sus alumnos, sino también su *formación*. Ninguna de las dos cosas es suficiente. Ni ciencia sin virtud, ni ésta sin la ciencia. Es natural que en la *universitas studentium* haya algunos que no participan en la vida religiosa de una religión determinada, de la religión católica. Quedarán siempre los valores humanos, culturales, informativos, que a ningún intelectual le es lícito ignorar a estas alturas. El cristianismo constituye un hecho histórico de tal volumen en la historia del mundo, y particularmente en la cultura occidental, que no es posible ignorarlo ni tener de él unos conocimientos superficiales. Puede, pues, exigirse a todos la asistencia por vía de *información*.

Podría también aducirse una razón de mayor profundidad, pero cuyo valor no todos alcanzarán a comprender. La religiosidad del intelectual, decíamos, no es pura espontaneidad. Es una religiosidad aquilata por los esfuerzos de la razón. Ante este hecho histórico de la religión católica, que se manifiesta con tales dotes de verdad y sobrenaturalidad y con tal eficacia civilizadora, no hay ningún intelectual que racionalmente no deba prestar atención. Es un primer paso, una inquietud racional, a la cual no debe sustraerse ningún intelectual de las creencias que sea, que no deba prestar atención.

Pero, en fin, la solución práctica que se ha venido dando a este problema, muy de acuerdo con estos tiempos, en que más que por la verdad tenemos que guiarnos por las urgencias diplomáticas, es la solución de la dispensa y la inhibición. Es natural que porque en una Universidad católica, no por título, sino por ser expresión del sentir y pensar de un pueblo genuinamente católico, existan múltiples adscritos—no vamos a examinar cuántos, generalmente extranjeros—, no se haya de privar a todos de la formación religiosa que constituye el nervio mismo,

la consistencia—que diría Zubiri—de la existencia humana. La Universidad debe seguir su curso y sus trayectorias. Si entre sus adscritos hay quienes no participan de su ideología religiosa, y no son capaces de comprender los valores humanos y civilizadores: en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en la moral, etc., del catolicismo, quedará siempre el recurso a la dispensa de esta disciplina, solución, como decíamos, más de carácter práctico y acomodaticio que de carácter científico y cultural.

Vistos todos estos prenotandos, de todo punto necesarios para conocer bien el problema, veamos ahora cuáles pudieran ser vías de solución.

Desde luego, no nos parece oportuno el sistema actual de enseñar la religión como una asignatura intrusa y que tímidamente aprovecha alrededor de veinte clases anuales para exponer, *a gusto* del profesor, temas a veces totalmente ajenos al nervio mismo del dogma o de la moral.

FACULTAD DE TEOLOGÍA

Una solución más viable y más universitaria parece ser la Facultad de Teología, en la cual pudiera haber dos tipos de enseñanza: la propia de los inscritos en dicha Facultad con ánimo de adquirir grados en esta disciplina, y la de aquellos que, perteneciendo a otras Facultades, buscan adquirir allí una formación suficiente. Estas ideas se encontrarán más desarrolladas en el capítulo I de la obra ya citada del cardenal Newman *Naturaleza y fin de la educación universitaria*.

La oportunidad de la Facultad de Teología no se oculta a nadie, y es extraño que en España carezcamos de dicha Facultad. Las razones que apoyan esta oportunidad las hemos indicado brevemente más arriba.

De la misma manera parece ser oportuna la división de enseñanzas en ella. Para tener una formación religiosa "universitaria" no es necesario ser licenciado o doctor en Teología. Las asignaturas a seguir en estos cursos deberían ser pocas, ajustadas a un programa de acuerdo con las exigencias del intelectual, según lo hemos indicado más arriba, atendiendo más a la esencia de los problemas fundamentales que a la farragosa exhibición de dificultades y de opiniones que han oscurecido, a lo largo del tiempo, los dogmas cristianos. Los Evangelios, San Pablo, San Agustín y Santo Tomás serían los maestros de esta formación del común de los universitarios.

Todo universitario debería presentar su certificado de haber asistido a un *número determinado* de clases y de haber dado pruebas de suficiencia en un examen al efecto.

Esta es una primera solución, no carente de dificultades.

En primer lugar, el problema de concentrar dos o tres años a determinadas horas a la mitad o a la tercera parte de los alumnos de la Universidad, encerraría unas dificultades tan grandes como las que origina el actual sistema. Diseminar los profesores de la Facultad de Teología por diversos Centros a los cuales, en determinadas horas del día, acudieran los

alumnos, es una solución, pero se diferencia poco de la enseñanza actual en cada una de las Facultades y, por lo mismo, encierra los mismos problemas.

COLEGIOS MAYORES

¿Es que existe alguna otra solución viable? Nosotros creemos que sí, y que esa solución está en los *Colegios Mayores*.

En primer lugar, los Colegios Mayores forman parte integrante de la Universidad. Por consiguiente, nuestra solución para nada se aparta de los confines jurídicos universitarios.

Por otra parte, los Colegios Mayores han nacido como un complemento necesario de la Universidad. Quizá históricamente debiera decirse que las Facultades han surgido como un complemento o como un desarrollo normal de los Colegios Mayores, al compás del desarrollo de la ciencia. Porque las Universidades antes fueron Centros de formación que de información, y sólo la especialización progresiva de las ciencias hizo que éstas se fueran dividiendo y subdividiendo hasta formar esto que hoy llamamos Facultades Universitarias, en las cuales de día en día se distancian más alumnos y catedráticos.

De todos modos, la misión de los Colegios Mayores en el momento de crearse aquí y en Inglaterra, en los mejores tiempos de nuestra Universidad, fué la "formación" de los alumnos. Nadie negará, por otra parte, que esta función sea necesaria en la Universidad, una vez que hemos visto, por un lado, que la Universidad debe llevar a cabo esta labor formativa de sus adscritos y, por otro, que las Facultades, en la forma que las tenemos hoy, no tienen directamente esta misión, sino la misión de enseñar, de informar a los alumnos en sus correspondientes materias. No niego con esto que el catedrático pueda, e incluso deba a veces, dar normas formativas al margen de su disciplina. Pero lo que afirmo es que el catedrático, como tal, tiene la obligación in-

mediata de exponer su asignatura con la mayor profundidad y claridad que le sea posible y exigirla a sus alumnos, y que con eso su función ha sido cumplida en la Facultad. Y esto es lo que se le puede y debe exigir.

La labor formativa directa está encomendada, como hemos dicho, desde su origen a ese otro sector universitario que son los Colegios Mayores. Muchas cosas se ganarán con ello. En primer lugar, evitar ese complejo de extraño, de exótico, que tienen estas disciplinas: Educación Física, Política, Religión, en las más diversas Facultades.

Además, se conseguirá con ello volver a su misión a los Colegios Mayores, que, a pesar de todos los mejores esfuerzos que se han realizado y se realizan constantemente, no han podido dejar de ser "Residencias de estudiantes". Los Colegios recobrarían entonces su misión formativa universitaria.

Por otra parte, los Colegios Mayores podrían organizar la enseñanza de estas disciplinas con mayor anchura y adaptación y no como quien pide de prestado unas horas a otras disciplinas.

La adscripción de todos los estudiantes a un Colegio Mayor tendría desde entonces un verdadero sentido. Los Colegios dejarían de ser "Residencias de estudiantes" para ser "los Centros de formación de los mismos", que al mismo tiempo llevarían a los alumnos aquellas enseñanzas que se dirigen al *hombre como tal*, y los Centros donde éstos tendrían su hogar universitario y exhibirían de mil maneras las manifestaciones artísticas, culturales, deportivas, religiosas, etc., de esta formación integral.

Pudiera hacerse la experiencia en determinados Colegios Mayores, que han alcanzado mayor madurez, como el Ximénez de Cisneros, el Nebrija, el Colegio San Pablo o la Residencia de la Moncloa, por no citar más que algunos de Madrid. Esta prueba, por un tiempo dado, permitiría disponer, en esta cuestión, del dato inmejorable, que es la experiencia. Históricamente sabemos que este método ha sido ciertamente eficaz.

Objetivos y métodos de la educación fundamental

ADOLFO MAILLO

Entre los objetivos de la Unesco, uno de los más destacados es el impulso de las actividades de "educación de base", que los países de lengua española han traducido por "educación fundamental".

En el transcurso de pocos años han ido creándose en diversos puntos de todos los continentes centros destinados a impulsar este tipo de educación. El primero se estableció en Marbial (Haití), el año 1947,

con el carácter de experiencia local. En 1951 se fundó el Centro Regional de Pátzcuaro (Méjico), normativo para Hispanoamérica, y en 1953 se abrió otro de análoga índole para el mundo árabe en Sirs-el-Layan, cerca de El Cairo. De ámbito nacional funcionan varios en Jamaica, Rodesia, India, etc. Se trata, pues, de un movimiento universal, que la Unesco patrocina, proporcionando a los diversos países expertos y ayuda económica.